

BARAHONA PLAZA, Ángel
Universidad Francisco de Vitoria

@ a.barahona.prof@ufv.es

Alonso, Rogelio La derrota del vencedor. La política antiterrorista del final de ETA

Madrid (2018): Alianza Editorial
448 p.

La propuesta del libro de Rogelio Alonso descansa sobre la pregunta inicial de su introducción: ¿La supuesta rendición o entrega de las armas por parte de ETA ha sido el mejor final para la historia? ¿O ha sido el resultado de una estrategia perversa que buscaba llevar un guion taticista a un escenario teatral, aprovechándose de una tragedia real, con un final a gusto de unos pocos? Un supuesto final feliz parecía concederle a la política nacional española la apariencia de éxito, a la vez que colocaba a la banda en situación de cesión concesiva —salida airosa— a la política nacionalista vasca.

Para Rogelio Alonso ha sido una escenificación falsa que parecía cumplir con los anhelos de paz de las partes en conflicto. Pero el resultado real ha sido la postrera victoria de ETA, con mil disfraces camaleónicos bien diseñados, a través de partidos que cambiaban las siglas ocultando a duras penas su raíz terrorista. ETA está gobernando en el País Vasco porque está, de una u otra manera, en todas las instituciones en una posición de privilegio para decidir el futuro y la deriva de todos los procesos sociopolíticos y culturales del país.

El libro hace un recorrido por las llamadas por él «raíces nacionalistas del odio». La historia de una espiral de silencio y de odio ideológico culmina en una violencia política con consecuencias políticas. El terrorismo es el resultado de ideas, acontecimientos, interpretaciones de la historia, que fueron cuajando y reforzándose a sí mismas con el paso del tiempo, el manejo de la información, de la calle, del chantaje de unos partidos a otros en la política nacional, etc. Pero, sobre todo, el logro de los objetivos fue un paulatino cambio de paradigma: hacer irrumpir en escena un binomio dialéctico, a saber, violencia-democracia *versus* nacionalistas-no nacionalistas.

El tema es que eso supuso décadas de atentados, de sangre inútilmente derramada (desde el punto de vista moral, no desde la perspectiva política de ETA a la vista del resultado)



para al final plantear una tregua trampa, en la que el Estado ha caído ingenuamente, sin saber tomar las medidas oportunas, gobernase quien gobernase en la política española. Ni ha habido un final dialogado ni ha habido diálogo para llegar al final. ETA ha sabido sacar ventaja del declive operativo y de su «muerte política». El llamado proceso de paz ha sido para Alonso una burla a la verdad. La victoria ha sido para los batasunos, pues gozan de impunidad, han manejado el lenguaje con maestría estigmatizando al adversario.

Al final, la estrategia de admitir hipócritamente una derrota policial encubría una calculada victoria política. Según Alonso, la internacionalización y la calculada distancia de ETA por parte de Batasuna, el error táctico de negociar con la banda cometido por el Estado, y la metamorfosis llamada Bildu han sido las claves para esa victoria postrera. Rogelio Alonso habla de final «sucio», pues el Estado ha tenido que aceptar «trágalas» envenenadas sobre la ley de ilegalización de los partidos, la política de acercamiento de presos, el trato de favor en el caso Bolinaga, desactivar a las víctimas y desarmarlas moralmente. El resultado es una injusticia política que blanquea la imagen de la banda, deja una sociedad «indecente» que tiene que mirar para otro lado ante los dilemas morales que se le plantean, estados de negación de las evidencias.

El último capítulo presenta una serie de mantras, tirando de hemeroteca, que ponen en solfa los supuestos armazones éticos de una sociedad que creyó abogar por la paz cediendo en lo político lo que había conquistado en lo policial. Las frases utilizadas por los buenistas que abogaban por una cultura de la paz, sin tener en cuenta las múltiples cabezas de la serpiente, se recogen con un tinte amargo e irónico que da a entender el dolor con el que el libro está escrito: «¿Alguien duda de que ETA ha sido derrotada?»; «con la violencia no se consigue nada»; «la lucha integral supera y en mucho la faceta policial»; «los iconos de la paz... una simple buena foto»; «superioridad del resentimiento sobre el perdón».

Alonso da espacio a vidas concretas olvidadas, que sufren en silencio el hecho de que alguien truncó su vida y las de las personas queridas tal vez «por nada». Para hacer memoria de seres anónimos, víctimas de esta locura, trae a colación a Fernando Delgado, a Javier Gómez Segura, que con sencillez relimaban algo tan simple como justicia en el trato. En la página 444, dice: «Javier insistía en la necesidad de poner al terrorista y a la víctima en el lugar que a cada uno le corresponde, pues cualquier forma de legitimación al primero pone en duda la inocencia de la segunda» [...] terminar el terrorismo con dosis de impunidad implicaban una nueva fuente de victimización con efectos devastadores para las víctimas. Subrayaba la importancia de que la protección a la víctima no se limitara al afecto, al soporte económico, incurriendo a veces en exceso de compasión en detrimento de una auténtica solidaridad política y social».

El corolario final lo dice todo: «¿Mereció la pena, tantos centenares de muertos y miles de víctimas inocentes? ¿Mereció la pena tanto sufrimiento para que al final un relato falso sobre la historia prevalezca y justifique la violencia de unos en detrimento de la compasión hacia los otros? Para Alonso el discurso oficial sobre la derrota de ETA es, con palabras de Hannah Arendt, «una mentira política organizada».

El libro es de agradable lectura, escrito en tono periodístico, pero con grandes dosis de profundidad ética. Merece la pena ser leído porque da una versión de los hechos inédita, que está en el inconsciente colectivo no verbalizado. Como dice el autor, y como anticipó el malogrado Primo Levi: «Las verdades consoladoras niegan la existencia de las cosas que no

debían existir». Tras la supuesta y cacareada derrota de ETA se encuentran ocultos los errores políticos que se han cometido en los sucesivos gobiernos que han tenido que enfrentarse a este cáncer social español, que como siempre en nuestra historia los encargados de ello no han sabido gestionar.

La batería de documentos que maneja el profesor Alonso, confidenciales, inéditos, así como las consultas de hemeroteca casi infinitas y las entrevistas con los actores principales de los eventos que narra hacen de este libro una joya de nuestra historia próxima que parece sellada por la noche de los tiempos.

Echo de menos, críticamente, que tan buen análisis histórico no tenga en cuenta la teoría mimética y del chivo expiatorio girardiana que tan buenos resultados dio a algunos de los también implicados en el relato como Mario Onaindia y Jon Juaristi, no citados en el libro. A estos, la lectura de Girard les reportó un cambio de mentalidad y una clave hermenéutica para entender lo que estaba pasando y escapar de esta espiral de violencia mimética cruel e impersonal. Es verdad que el libro es un relato de hechos y no una teoría sobre los hechos, pero le hubiera permitido justificar su hipótesis de que los que se declaran a sí mismos víctimas en no sé qué «pasado inolvidable» se sienten legitimados para la venganza imaginaria como verdugos, en el caso de los terroristas. Y que las verdaderas víctimas son doblemente victimizadas si no se realiza su radical inocencia. Aunque el terrorista justificase su victimización como «daños colaterales» (Otegui), en el fondo en su argumentario los identificaba con el Estado al que trataba de abatir y doblegar, convirtiéndoles, en su alucinante imaginario, en soldados rivales.

